



HERNAN CATTANEO

EL SUEÑO DEL DJ
MEMORIAS

**HERNAN
CATTANEO**

EL SUEÑO DEL DJ
M E M O R I A S

CAPÍTULO 1

FREQUENT FLYER

Para los que nacimos a mediados de la década del sesenta, el año 2000 sonaba como un futuro tan lejano que parecía que nunca iba a llegar. Creíamos que en esa fecha podía cambiar algo y en mi caso se cumplió justo antes. En 1999 yo era el DJ residente de Pachá, el mejor club de Buenos Aires. Tenía sueldo fijo y era parte de la escena electrónica desde sus inicios más analógicos. No necesitaba más trabajos ni me interesaba hacerme ver, casi no iba a otras discotecas. Sin embargo, me llegó un ofrecimiento al que no me pude resistir. El 21 de mayo en Museum iban a tocar los Chemical Brothers y Paul Oakenfold, el 22 sería el turno de los Chemical en soledad. Para el 21 buscaban un disc jockey que pudiera abrir y habían pensado en mí. Yo pedí permiso en Pachá y por suerte no hubo problema. No lo sabía pero esa noche mi vida iba a cambiar mucho, muchísimo.

El *line-up* no podía ser mejor. Oakie era el DJ más famoso del mundo y acá ya tenía su público porque había venido varias veces, en el 93 había tocado en El Cielo y luego volvió a Pachá. Además, había mucha expectativa con los Chemical porque era la banda electrónica más potente (y bailable) que había en vivo. Yo estaba más bien de relleno, ni siquiera aparecía en el *flyer*, mi misión

iba a ser el *warm up*. El problema empezó cuando los Chemical Brothers dijeron que querían tocar a las diez de la noche. Los organizadores les avisaron que no iba a haber nadie porque la gente en Buenos Aires está acostumbrada a que el show empiece más tarde. No les importó, lo único que querían era tocar temprano y así fue. Después sería mi turno y Oakie cerraría. Apenas ese orden quedó definido, tuve todo muy claro: iba a tener que planchar la pista. El desafío no sería que todos bailaran (de eso se encargarían los demás), sino generar algo que fuese útil para lo que iba a venir después que yo, o sea, Paul.

Cuando vimos el ensayo de los Chemical nos dimos cuenta de que el show iba a ser una aplanadora. Sonaban tremendo y acá no habían venido bandas de música electrónica en tan buen momento. Salieron a tocar superpuntuales y los que estaban en Museum fueron realmente afortunados. El show fue tan *power* que, cuando terminaron, habría que haber cerrado Museum. Como dicen en España, la gente ya lo había dado todo. Era mi turno, ¿qué podía proponer después de “Hey boys, hey girls, superstar DJ’s, here we go!”? Lo que hice, con buen tino de DJ, fue tirar la fiesta para abajo. Nadie podía seguir bailando después de ellos, era ilógico. Siempre había sido criterioso y de perfil bajo, por eso no me costó tomar esa decisión. Hice setenta y cinco minutos de deep house para que la gente descansara y después volviera a estar dispuesta para Paul. Muchos de los que estaban ahí, casi todos, me conocían y sabían que habitualmente yo hacía sets más veloces. En Pachá estaba acostumbrado a 128, 130 revoluciones por minuto (bpm), nada que ver con la propuesta de esa noche. “Dale, subí”, escuchaba que me gritaban, yo seguía a volumen muy bajo, como si fuese un intervalo. Veía a la gente en la pista cruzada de brazos pero no me importó, fue como un sacrificio que hice muy convencido. Tenía treinta y tres años, ya había aprendido que el control es del disc jockey y él es el único que toma decisiones, no hay espacio para pedidos ni sugerencias. A mi juicio, en Museum todos necesitaban un respiro. No sabía que Paul estaba escuchando todo, ni podía suponer que se interesara por mi set. Cuando vino a tomar la cabina, me dijo: “Gracias por este gesto, no me lo voy a olvidar”. Y no lo hizo. Tres

“Durante más de veinte años viajé por todo el mundo pasando música. Después del encierro que sufrimos por la pandemia, sé que puede sonar divertido, pero dos décadas es mucho tiempo y pasé miles de horas en las que estuve solo y, a la vez, rodeado de extraños”.

meses después me ofreció ser su telonero en una gira por todo el mundo. Por suerte tenía el pasaporte al día.

Durante más de veinte años viajé por todo el mundo pasando música. Después del encierro que sufrimos por la pandemia, sé que puede sonar divertido, pero dos décadas es mucho tiempo y pasé miles de horas en las que estuve solo y, a la vez, rodeado de extraños. Ya no me emocionaba tanto la rutina de los aeropuertos, el sellado de los pasaportes, las esperas en los *lounges*, las demoras, las conexiones, los despegues, los descensos, pero lo hacía una y otra vez, porque al llegar a destino me esperaba la mejor sensación de todas: compartir música con los demás. Una de las últimas veces que viajé a Estados Unidos le pregunté al oficial de migraciones si aparecía en su computadora la cantidad de veces que había entrado. Me dijo que sí, pero que no estaba autorizado a leerlo en voz alta. Yo calculo que fueron entre 150 y 200. *Frequent flyer* puse en mi perfil de Instagram porque era la pura verdad: trabajaba alrededor del mundo, en tránsito perpetuo, como dice Charly García. El cuerpo se acostumbró a los vuelos, al volumen de las discotecas, a las camas de los hoteles. Mi sueño se regía por las veintitrés horas de Argentina para estar en *sync* con mi familia. Tomaba doscientos aviones por año, miles de kilómetros recorridos y por momentos extrañaba la facilidad con la que resolvíamos todo en Caballito cuando era chico.

En mi familia nadie sabía manejar, no teníamos auto, así que no nos movíamos demasiado. El único que se iba lejos, día a día, era mi papá, Juan Enrique, que era abogado y trabajaba en una empresa de seguros. Mis hermanas, Ana María y Mercedes, caminaban al Colegio Santa Rosa. Hasta los cuatro años estuve en mi casa porque no era obligatorio ir al jardín. Cualquiera que venía sabía dónde encontrarme: al lado de ese mueble de madera del que salía música. Según me contaron, de bebé pasaba mucho rato en el sillón con mi mamá, y un poco más grande también, siempre escuchando discos. Ella se llamaba Ivonne y era hija de alemanes y franceses, quizás por eso tenía preferencia por lo europeo. Le encantaban los long plays del Festival de San Remo y de Michel Legrand. Era fina mi mamá: compraba todo lo que encontraba de Oscar Alemán, por ejemplo, y sonreía cuando sonaba la guitarra de “Delicado”. También le gustaban Tommy Dorsey, Glenn Miller y los grandes cantantes, como Frank Sinatra o Bing Crosby y, más acá en el tiempo, los Beatles. A nosotros nos elegía unas canciones en inglés que se llamaban *Nursery Rimes* y los discos de María Elena Walsh. Su mamá, la Oma, sabía solfeo, tocaba el violín y el piano. Amaba la música clásica y tuvo su abono en la Asociación Wagneriana y el Teatro Colón. Ella aprovechaba la veta musical para enseñarnos su idioma, el alemán, por eso nos ponía a Los Niños Cantores de Viena. Mamá había trabajado como traductora de inglés, tenía cierta facilidad para los idiomas y se animaba a cantar. Yo no entendía de música ni de pronunciaciones pero me parecía que lo hacía bien. Como tantas otras mujeres de los sesenta, su vida profesional terminó cuando empezó la de madre. Se dedicó a mis dos hermanas (Ana María es cinco años más grande, Mercedes me lleva tres) y después a mí. Hasta que empecé preescolar estuve con ellas, así que había tres mujeres dispuestas a darle atención a ese bebé apoyado en el parlante. Yo me podía quedar horas ahí mismo, con la rejilla cada vez más marcada en la cara de tan cerca que me ponía para escucharlo todo. De estar a esa altura, casi al ras del piso, me acuerdo de una alfombra peludita, de la madera de los muebles y del olor de las válvulas del tocadiscos cuando se calentaban.

Vivíamos en la calle Rosario, entre Viel y Doblas, justo frente al parque Rivadavia. Nací el 4 de marzo de 1965 y mis primeros

recuerdos tienen que ver con mis hermanas, no tengo una imagen puntual, simplemente estaba con ellas todo lo que podía o lo que me soportaban. Íbamos al arenero, a la feria numismática (monedas y estampillas, todavía no estaba la de discos) y a los bares de la avenida Rivadavia a tomar submarino. Apenas me despertaba, preguntaba por las chicas e iba a su lado, al menos eso me contaron. Ellas hicieron conmigo lo mismo que veo que ahora hacen Olivia y Abril, mis dos hijas mayores, con Mila, la menor: le muestran un mundo fascinante al que no se puede negar. Si fuera por Mila, se la pasaría mirando *Masha y el Oso*, algo imposible teniendo en cuenta que las otras dos deciden por ella (casi siempre). Miran historias demasiado complejas para su edad, como *Harry Potter*, pero no le importa porque le encanta compartir eso con ellas. Tal vez está sobrevalorada la idea de cuál es el momento ideal para descubrir algo. Cada uno va entendiendo lo que puede y otras cosas solamente las percibe. En nuestro caso, no era la tele lo que nos unía, sino la música. Ellas, a comienzos de los setenta, escuchaban a Carpenters, Yes, Led Zepelin y, por suerte, Pink Floyd, mi banda preferida hasta hoy. *El lado oscuro de la luna* fue uno de los primeros viajes musicales que tuve. ¿A quién podía interesarle Margarito Tereré, ese personaje infantil que era un yacaré, si podía escuchar la guitarra de David Gilmour? A mí no, por lo menos, hasta hoy nada me transporta como ese álbum fantástico e irrepetible.

Nuestra convivencia no era precisamente una democracia. Si yo elegía uno de Gaby, Fofó y Miliqui, ellas venían, lo sacaban y ponían Jethro Tull. Me interesaba tanto la música como estar con ellas. Tal vez, si hubieran elegido otra actividad, como leer, dibujar o escuchar radio, yo seguramente también me hubiera acercado, porque tenía el reflejo de seguirlas. Por suerte, me abrieron la puerta hacia la música. Me encantaba ir al parque con el karting, recibir visitas, incluso jugar al fútbol, aunque lo hacía muy mal. Antes que todo eso prefería los discos. No tenía idea de qué decían las letras, ni de los nombres de los autores, pero no me despegaba del Winco. Lo que me atraía no era el sonido, ni el ruido de la púa cuando se apoyaba, ni los silencios entre canción y canción. Era todo eso y mucho más. Durante un tiempo tuve que pedir ayuda para poner-

los, no me daba la motricidad fina para sacarlo del sobre, apoyarlo en la bandeja, agarrar la púa. Mamá me ayudaba, si no le pedía a alguna de mis hermanas. Igualmente ellas ponían un long play atrás de otro, casi a cualquier hora. La música me llevaba lejos de Caballito y me hacía flotar por estribillos, palabras que no entendía pero igual repetía.

Nuestra situación era la típica de la clase media en Argentina. Por momentos, más ajustada, a veces con margen para comprar algo. No faltaba nada, tampoco sobraba demasiado. En las vacaciones, por ejemplo, visitábamos parientes en Mendoza, Corrientes y Tucumán para ahorrarnos la estadía. Los tíos del interior eran sinónimo de verano. Yo era transparente, bastante alegre y como casi todos los chicos, decía todo lo que pensaba. Sin mi papá, a Mendoza íbamos con mi mamá y la Oma (mi abuela) a visitar a mi madrina Alicia en el tren El Libertador. Salía a las 17 y llegaba a las 7. Obviamente lo que más me acuerdo es del salón comedor con mantel blanco, vajilla y asientos de pana azul. Eran reclinables y tenían apoya pies, como los de las peluquerías antiguas. Además, por suerte, todos los veranos nos llevaban un mes de vacaciones a Villa Gesell. Íbamos en micro, siempre con la línea Río de la Plata. Salíamos de plaza Once, yo me sentaba y a los diez minutos le decía a mamá: “Tengo hambre”. De ida, iba comiendo sándwiches de miga caseros que hacía mi papá y a la vuelta, alfajores Amalfi. En el medio, me iban tirando de todo con tal de que me quedara sentado: caramelos Sugus, alfajores Jorgito, Coca, hasta un yogur de dulce de leche que me gustaba y que mi mamá llevaba en una heladerita. En Gesell sufría un poco el sol. Pasaba de estar blanco a rojo en muy poco tiempo, me pelaba y de nuevo volvía a blanco. Disfrutaba de la playa desde temprano porque a las siete ya estaba despierto. Mi familia seguía durmiendo y yo me iba solo a pescar cornalitos y agarrar almejas. Mi papá se encargaba después de cocinarlas. A esa hora, cuando no había casi nadie, me acercaba a hablar con el guardavidas y después me volvía a desayunar.

Durante el año, la diversión familiar se completaba con el cine y el almuerzo de los domingos en La Emiliana (sobre la avenida Corrientes, había que ir bien vestido, a mí me ponían camisa y so-

“Yo también tuve tres hijas con más de cuarenta pero ahora es muy distinto: dormí con ellas cuando eran recién nacidas, pasé noches en vela por los cólicos y tantas cosas más que antes estaban en general reservadas a las mujeres”.

bretodo) o en Loprete (por Boedo), el favorito de mi papá. Sin él, en la casa había swing y risas. Todo se volvía más serio en cuanto él llegaba. Era un tipo recontra formal, conservador, muy ético y con una honestidad que ya no existe. Por ejemplo, de joven trabajó en la Junta Nacional de Carnes, en esa oficina sabían un día antes el valor de los mercados, info con la que todos hacían grandes diferencias, pero él decía que no era justo “aprovecharse”. Otro se hubiera hecho millonario. En aquella época no lo entendía y ahora lo admiro al máximo. Cuando nací, él ya tenía cuarenta y cinco años y resultó una diferencia enorme. Muchas veces me pregunté cómo habrá sido eso para él (aunque nuestras diferencias en mi juventud lo dejaron muy claro). Yo también tuve tres hijas con más de cuarenta pero ahora es muy distinto: dormí con ellas cuando eran recién nacidas, pasé noches en vela por los cólicos y tantas cosas más que antes estaban en general reservadas a las mujeres.

Mis padres se conocieron en una empresa de seguros, se pusieron de novios, se casaron y después dividieron las tareas: ella, en la casa, él, a la oficina. En nuestro esquema clásico, a papá lo esperábamos para comer, mamá preparaba lo que él quería. En cada cena, mi viejo se sentaba en la cabecera y esperaba que le llegara todo mientras fumaba. Siempre estaba fumando. De chico ni se me ocurrió cuestionarlo, pero hace unos años, sobre todo desde que dejé el cigarrillo, que vengo pensando algunas imágenes, como el humo dentro de la casa.

La relación con mi mamá, creo, con los años, se volvió tan afectuosa, tan tierna, porque tuvo un comienzo casi de romance. Esos primeros cinco años con ella, solos en casa, o con mis hermanas, fueron como una cápsula. No venían una niñera o una prima grande a cuidarnos. Siempre estaba mamá, para todo, para nosotros tres y también para los que quisiéramos invitar. Nos llevaba todas las tardes al Parque Rivadavia, a los juegos, a andar en bici. Merienda, baños, tareas, de todo se encargaba. En mi gusto por la música también me acompañaba. Ella le comentaba a la familia que yo era loco de los discos, entonces para mis cumpleaños ya no me regalaban juguetes ni ropa, directamente me traían vinilos.

Mi tío Horacio de Corrientes siempre me regalaba plata y yo iba directo a la disquería, y Alicia, la hermana de mi mamá, me dio a los seis años mi primer larga duración: *Willy y los niños pobres*, de Creedence Clearwater Revival. Pasé horas enteras con esa tapa en las manos, hipnotizado. En el centro estaba la banda, con sus instrumentos, en la puerta de un almacén o algo así. Muy atentos, unos chicos negros miraban a los músicos. Yo nunca había visto a una persona que no fuera blanca, ni siquiera había salido del país. Me impactaron, no sé cuántas horas habré pasado mirándolos. Canciones como “Cotton Fields” hablaban de los campos de algodón y de los niños que trabajaban ahí y yo no podía entender por qué tenían que trabajar. Me acuerdo muy fuerte del shock visual de los chicos negros y pobres. Además, creo, los pobres eran menos pobres. Había menos cantidad y no existía la categoría de indigente. Había villas miserias, pero, al menos en Caballito, no se escuchaba hablar tanto de eso. Hoy, por la forma en que se consume música, quizás no le habría prestado tanta atención a esa tapa o ni siquiera la habría visto.

El primer tramo de la primaria lo pasé en el colegio inglés San Cirano, también en Caballito, que era de doble escolaridad. Todo fue normalmente hasta tercer grado, cuando me empecé a llevar muy mal con una maestra, Miss C., al punto de tener pesadillas con ella. Me cuesta acordarme por qué le temía tanto, para mí era un ogro. De día tenía que soportarla en el grado y de noche se me aparecía en un sueño repetido: el colegio se inundaba y ella se

ahogaba. Estaba obsesionado con su mala onda, con el dedo índice que levantaba para retarnos muy al estilo del profesor de *The Wall* o la directora Tronchatoro de *Matilda*. Ir a la escuela cada día se hacía un poco más denso, no me volvió a pasar algo así. Ella era exigente y, a veces, cruel. Por ejemplo, los que no tenían buen rendimiento en inglés no podían ir al día de deportes. Nunca me gustó la actividad física, al fútbol era tan tan de madera que, cada vez que le pegaba a la pelota mis amigos me cantaban “Norwegian Wood”, de los Beatles. El deporte de nuestro grado era el rugby. La violencia no me interesaba ni en chiste y era demasiado flaquito para un juego tan brusco. No me atraía especialmente pero tampoco quería perderme ese rato al aire libre con mis amigos. Mucho menos quería ser castigado. Cuando ella no me dejaba ir y me tenía que quedar en el colegio sentía que me había noqueado. Quedaba en silencio, muerto de bronca por dentro, en un aula semivacía, tal vez con algún compañero que había llegado tarde o algo así. Qué odio me daba. La tuve en tercer grado y de nuevo en cuarto e increíblemente el primer día de quinto, me contó mi mamá que me vio volver del colegio en el micro con una cara terrible, como si se hubiera muerto alguien, y me preguntó qué pasaba: “Tengo otra vez a Miss C.”, le dije. Era el fin del mundo, lo peor. Mi mamá por suerte entendió que para mí era un bajón de verdad. Decidió sacarme y me pasó algo genial: conocí la escuela pública. El San Cirano era un gran colegio, pero medio *posh* para Caballito, y en el único colegio al que me pudieron anotar con el año en marcha fue el Antonio Schettino. Pasé de estar sentado en el banco con chicos de clase media alta, mientras yo era de clase media-media, a estar con muchos chicos de clase media baja. El cambio social lo podría resumir en una imagen: en San Cirano había un chico que volvía solo en el auto con el chofer que le mandaba el padre, vivía muy cerca de mi casa y nunca me invitó. En el Schettino había un compañero que se sentaba al lado mío, el Negro Melo, que tenía un padre taxista. En mi recuerdo, éramos veinte chicos arriba del auto y él nos llevaba a todos. Más allá de la cuestión económica, me sentía mucho más a gusto con esos compañeros y la cursada me resultaba muy fácil, no sé si es porque venía con buen nivel o porque me

“Ese tema de Paul McCartney lo ponía en continuado durante horas, los arreglos de cuerdas me encantaban y sentía que el living por un rato se convertía en un lugar peligroso”.

había relajado lejos de Miss C. A los ocho mi tío Antonio me trajo otro discazo: la banda de sonido de *Vivir y dejar morir*, la primera película de James Bond con Roger Moore, que era una especie de ídolo familiar. Ese tema de Paul McCartney lo ponía en continuado durante horas, los arreglos de cuerdas me encantaban y sentía que el living por un rato se convertía en un lugar peligroso.

Así como hay chicos que andan con la pelota por toda la casa, o en patines, en mi caso siempre estaba con algún disco en las manos. Buscaba estar en contacto casi permanente con algo relacionado a la música (un vinilo, un equipo, un cassette, un cable). Mientras escuchaba miraba, muy concentrado, al vinilo girando. A veces me colgaba mirando el jardín que teníamos en el fondo del living, la tapa del LP, el sobre interno u otros discos, pero sobre todo miraba la bandeja. Nuestro departamento era un poco oscuro, como suele suceder con los que están en la planta baja. Y se escuchaba bien fuerte la lluvia. Nada era muy grande, ni el living, ni los cuartos, tampoco el baño. Mucho más luminoso era el piso 13 de los Marchetti, nuestra familia amiga en el edificio. Los hijos de los dos matrimonios teníamos edades parecidas y esa fue una de las claves en la relación. El mayor se llamaba Marcelo y yo jugaba mucho con Pablo y Eugenia, en su casa o en la nuestra. Sentía una especie de desesperación por subir al 13 por un motivo bien claro: el equipo Audinac AT 510 que tenían en el living. Era un fierro, si tenías un Audinac AT 1000 eras como Maradona en el Napoli. Y eso no era todo: también tenían parlantes, potencia y una colec-

ción de vinilos completamente distinta a la nuestra. Además tenían equipos con filtro y *loudness*. El padre de ellos, don Adolfo, fue clave en el desarrollo de mi principal herramienta de trabajo: el oído. Si ya sentía que con la música viajaba, con lo que conocí en ese piso 13 no hice más que ampliar el recorrido. Me pasaba de todo con las canciones. Se me erizaba la piel, me quedaba con la boca abierta o los ojos cerrados. Con naturalidad memorizaba cada tema y también las pocas partes dañadas que hacían saltar la púa. No me presionaba para acordarme de algo puntual, simplemente escuchaba con tanta atención que me quedaba todo grabado. Por otro lado, no tenía muchas distracciones más que el rato del Zorro, Batman o *Los tres chiflados*. No iba a estudiar un idioma, ni a practicar un deporte, mucho menos actividades plásticas, ni siquiera había tantas opciones para el tiempo libre de los chicos. A mí nada me interesaba tanto como agarrar un long play, mirar la tapa, la parte de atrás, sacarlo, perderme entre los surcos, oler esa música que iba a sonar y estaba encerrada en ese plato oscuro con un agujero en el medio.

Secretamente, envidiaba a los Marchetti y no podía creer mi mala suerte. Lo que para mí parecía ser lo más importante del mundo en mi casa no tenía un valor especial. Mi papá no era audiófilo, él solo escuchaba música, no tenía un interés en la calidad del sonido, entonces en casa había un equipo cualquiera. El Winco había sido muy popular unos años atrás y tenía una fidelidad normal. Todos lo usábamos un montón, era parte central de la casa, pero, a veces, aunque no me animara a decirlo, también lo odiaba. Quería algo más moderno. Nadie le dijo: “Esto podría sonar mucho mejor si comprás un equipo de audio”. Mi papá no registraba ese tipo de sutilezas, tenía un sentido utilitario de las cosas, también del tocadiscos. Él no esperaba una experiencia sensorial a la hora de poner un álbum en la bandeja. Su única expectativa era escuchar música a la noche, después de trabajar, con un vaso de vino, o los fines de semana, con amigos. El Winco, para él, era un electrodoméstico más. Lo suyo eran Los Chalchaleros, Atahualpa Yupanqui, Cafrune, los cuentos de Landriscina o algún tango. Don Adolfo, en cambio, tenía mucho interés por los ritmos del mundo. En su casa conocí *La Fusa*, de

Vinicius de Moraes y Toquinho, y la música progresiva electrónica italiana. ¿Qué era todo eso? No podía creerlo, necesitaba volver a escucharlo lo antes posible.

Tenía prohibido por mi madre invitarme a su departamento, ni podía agarrar todos los vinilos para abrazarlos, escucharlos, mirarlos hasta quedarme dormido sobre ellos y que me bajaran a upa. Adolfo asumía su rol docente y me explicaba con una pasión que yo no necesitaba pero igual me contagiaba. Los Marchetti no eran nada convencionales musicalmente, me hicieron ver que había sonidos mucho más allá de lo que la gente normalmente escuchaba. Fueron tan influyentes que, por ejemplo, me acercaron al sonido con el que iba a trabajar poco tiempo después, como el funk, el soul y la músicaailable de Gloria Gaynor o Quincy Jones. Tenían también el disco en vivo de Peter Frampton y yo escuchaba los gritos del público y no tenía idea cómo sería ver un show en un estadio junto con otras miles de personas.

Otro gran disco que escuchábamos era la banda de sonido de la película *All That Jazz*, una especie de autobiografía de Bob Fosse, y con un *soundtrack* descomunal con grandes canciones. No existía el random, la escucha era ordenada, desde el primer tema al último, de corrido. Los álbumes de películas siempre nos servían para descubrir nuevos artistas, como nos pasó con *Saturday Night Fever* o *Phantom of the Paradise*.

Cuánta música y cultura había en lo de los Marchetti. No conocía el término, pero Adolfo era un melómano, un gourmet musical. Por ejemplo, tenía púas de calidad. Nosotros teníamos cualquiera y ellos venían con una Shure V15 tipo 4, que era carísima y sofisticada. Los Marchetti irradiaban música, cerca suyo entendía perfectamente todas las cuestiones técnicas, sonoras y musicales.

En distintos viajes conocí *sommeliers*, no solamente de vinos, y fue alucinante escuchar la sensibilidad que alcanzan en el paladar y en sus descripciones. Los que trabajamos con el sentido de la audición también encontramos sonidos escondidos que para mucha otra gente pasan desapercibidos. La naturaleza no te regala ese don, más bien se entrena y yo creo que empecé en esa época, en lo de mis vecinos. Cuando me enteré que los Marchetti habían

“Cuánta música y cultura había en lo de los Marchetti. No conocía el término, pero Adolfo era un melómano, un gourmet musical. Por ejemplo, tenía púas de calidad. Nosotros teníamos cualquiera y ellos venían con una Shure V15 tipo 4, que era carísima y sofisticada”.

vuelto de un viaje a Estados Unidos con un equipo japonés de última generación fue como si hubieran subido de categoría, como si pasaran a ser algo mejor que millonarios. Quería ir ya mismo al 13, corriendo por las escaleras, para verlo. Mi mamá me frenaba. No era tan fácil, tenía que esperar a que llegara la invitación. Yo soñaba que mi viejo también le diera un *upgrade* al Winco. Ahí empecé mi campaña: soplete en mano, le quemé la cabeza durante años. Necesitábamos un tocadiscos nuevo, parlantes, y tantas cosas más que tenía Adolfo y yo me olvidaba para qué servían cuando quería convencer a mi papá. De los seis a los doce, me moría de ganas de tener un equipo pero no lograba que mi viejo compartiera la urgencia. O quizás creo que él ya veía que yo me desesperaba por ese mundo y no quería darme más cuerda. Lo que sí sé es que cerca de mi casa lo más parecido que había a un *mall* era el Hogar Obrero. Era un supermercado que también vendía camas, muebles y equipos de audio. Entre señoras que hacían las compras y los vendedores de camisas a rayas, yo me quedaba toda la tarde mirando equipos, tocando las perillas bajo la supervisión de los empleados. Con un rato no me alcanzaba, le suplicaba a mi mamá o a alguna de mis hermanas que no me llevaran de vuelta a casa, me acompañaban y luego me tironeaban para sacarme de ahí. Me pasaba horas enteras en esa tienda. Para mi nivel, a los siete u ocho años, los Audinac que vendían en el Hogar Obrero eran una maravilla claramente superior a nuestro Winco.

Una vez fuimos a visitar a mi primo Eduardo, a quien mi papá quería muchísimo. Él había vuelto de Europa con un equipo de audio descomunal y creo que eso “oficializó” que estaba bien tener uno. Ese día también fue especial porque conocí a Donna Summer y escuché por primera vez “I feel love”. Eduardo y su mujer Marta tenían varios álbumes de ella que me atrajeron muchísimo y pasé toda la noche en su casa con los auriculares puestos gastando esos vinilos. Mi viejo, a los pocos días, se decidió a cambiar el equipo. Esa noticia la festejé más que un gol de Boca. Fuimos al Hogar Obrero para comprarlo, no era el Audinac de los Marchetti, sino un BGH con amplificador. De por sí, ya era la gloria tener por separado la bandeja, el amplificador y los parlantes. Llegamos a casa, lo empezamos a armar y nos dimos cuenta de que nos faltaba el cable RCA para conectar la bandeja. Volvimos al Hogar Obrero, aceptaron que era su error pero no tenían otro cable RCA. Maldita mi suerte. Hubo que esperar una semana, no me olvido más del sufrimiento que pasé durante esos siete días eternos. Nada me consolaba. Prendía el equipo, levantaba la púa, giraba el plato y sonaba un ruido blanco que yo soñaba con llenar de música.

Ya estaba en la primaria pero, si nadie me veía, me seguía poniendo al lado del parlante. Ese era mi lugar en el mundo y, más adelante, con las cabinas, no cambiaría demasiado la situación ni la cantidad de metros cuadrados. Los principales objetivos creo que eran los mismos que ahora: escuchar mucha música y que el sonido para compartirla sea el mejor posible. Ya era habitual que invitara amigos a casa y les mostrara canciones que me gustaban. Quería ver si ellos se emocionaban en las mismas partes que yo, quería pasarles la data que me habían compartido mis hermanas, los Marchetti y todo aquel con el que hablaba de música. Empezaba a descubrir qué funcionaba y qué no. Por ejemplo, si ponía el disco de Creedence, sonaban los primeros acordes de “Down on the Corner” y casi nadie se resistía a mover alguna parte del cuerpo o sonreír. Creo que esas fueron las primeras veces que técnicamente puse música para alguien. Igual que ahora, jamás ponía algo que no me gustaba. Si lo comparamos con el fútbol, yo todavía jugaba a la pelota, no sabía que había una cancha grande, once jugadores, arcos, reglas. Disfrutaba

cuando sonaban mis canciones preferidas y ya no estaba solo, sino con chicas y chicos que había elegido para ese experimento. Una de mis víctimas habituales era Pablo Marchetti, y tan copados estábamos que empezamos a pasar música juntos, en su casa o en la mía. Movíamos los equipos, poníamos los parlantes enfrentados y hacíamos lo que ahora se llama *back to back* (b2b). Claro que el sonido no era cuadrafónico, ni los enganches muy profesionales, pero, en el medio de todo el chiste, empezaba a manejar, con soltura, sesenta vinilos, o tal vez un poco más. Poníamos un tema cada uno, yo me concentraba como si se me fuera la vida en eso. No era como si: se me iba de verdad. Cuando escuchaba música, y mucho más mientras la compartía, me sentía más vivo que nunca.

Con esa versión porteña del b2b algo se rompió dentro de mí y nada volvió a ser igual. Básicamente estoy hablando de mi ambición, mis ganas. A esa edad empiezan algunas definiciones, como la orientación del secundario (técnico, bachiller, idiomas, esas cosas) y todo parece ser *forever*. Ahora que tengo tres hijas, me resulta casi ridículo esperar definiciones de ese tipo. Más me interesa que sientan pasión por algo, ya que soy muy consciente de lo que fue para mí tener a la música como norte a tan temprana edad.

En mi caso, muchos amigos, sobre todo los hijos de abogados o contadores, ya fantaseaban con la carrera que iban a estudiar. Yo estaba más enfrascado que nunca con los discos. ¿Libros? Sí, a veces. ¿Cine? También, me encantaba *Star Wars*. ¿Fútbol? Seguía a Boca por la radio, compraba *El Gráfico*. ¿Amigos? Muy buena onda con todos, pero yo era tímido. ¿Los boy scouts? Eran divertidos aunque duré solo un par de años. Sin embargo, ahí, cerquita del Winco y después, mucho mejor, del BGH, se despertaba una habilidad que no aparecía en otros lados. Y otra seguridad. La gente se movía cuando le mostraba algunas canciones, o me preguntaban por el nombre de la banda. Yo no jugaba bien a la pelota, no era gracioso, ni grandote, no tenía nada que me distinguiera del resto, al menos eso sentía. Solo tenía canciones, muchas canciones y todavía más ganas de compartirlas. ¿Cómo? ¿Dónde? No tenía idea, jamás había ido a un boliche ni a una fiesta de ningún tipo salvo los actos escolares.

“Las historias del *playboy* me gustaban más porque a veces iba a bailar a Mau Mau y se veía la bola de espejos y, tal vez, al disc jockey, aunque no ocupaba un rol tan destacado como el mozo o los grandotes que siempre lo echaban”.

Más allá de los ratos en los que estábamos con los discos, con Pablo Marchetti hacíamos de todo. El Parque Rivadavia nos daba algunas opciones: un año que coleccionamos monedas, al siguiente cambiamos a las estampillas. El poco efectivo que manejábamos lo invertíamos en historietas usadas, *Patoruzú* y, mejor todavía, *Isidoro Cañones*. Las historias del *playboy* me gustaban más porque a veces iba a bailar a Mau Mau y se veía la bola de espejos y, tal vez, al disc jockey, aunque no ocupaba un rol tan destacado como el mozo o los grandotes que siempre lo echaban. El imaginario en relación al DJ cambió muchísimo. Seguramente, hoy, un nene de jardín de infantes vio el gesto del *scratching* en Cartoon Network o en Netflix porque forma parte de la cultura pop de nuestros días.

Por suerte, una noche cambió todo. Me acuerdo que fue un viernes, no sé por qué tengo eso tan presente. Quizás por ese alivio de dejar atrás las obligaciones de la semana para tomarse un rato y relajar la cabeza. De noche, un horario poco habitual para ir al colegio, fui a un baile organizado por la secundaria del San Cirano. No esperaba demasiado del evento, no me gustaba ninguna chica ni me interesaba conseguir novia (aunque bastantes chistes me hacían con Eugenia, la hija de Adolfo Marchetti). Al rato de haber llegado, me sentía como elevado. Miraba alrededor y el resto no parecía tan conmocionado como yo. Los del secundario estaban en la de ellos, en un plan más de levante que me quedaba lejos. Mis amigos, en la pavada de siempre: corriéndose entre sí o riéndose

por algo. Yo no podía conectar con nadie, me recuerdo en trance. Por primera vez, a metros mío, vi un disc jockey. Fue como que si un ovni hubiera descendido en el lugar en el que jugaba todos los días. También fue un anticipo de lo que vendría años después: toda mi atención puesta en esa figura que elegía el tema indicado para cada momento de la noche, que tenía versiones propias de temas que todos conocíamos, alguien que manejaba los tiempos. ¿Qué hacían todos mis amigos? ¿Cómo no se daban cuenta de lo fantástico que estaba pasando? No era casualidad ni un milagro. Era mucho más que eso: un profesional, con auriculares y cajas llenas de discos, alguien preparado para hacer bailar a la gente. Era el maestro, Alejandro Pont Lezica. No hubo vuelta atrás después de esa noche. Todos los ratos junto al Winco y luego al BGH, y también con Pablo, y por qué no, con los que venían a casa, todo eso empezaba a tener un sentido. Mi tía Alicia me preguntó qué quería ser de grande y yo no había sabido responder. Ahora tenía una respuesta. Quería hacer eso que estaba haciendo Alejo esa noche. ¿Cómo se llamaba ese trabajo? ¿Disc jockey? Iba a transformarme en uno lo antes posible, antes de que papá dijera que no, antes de que mis hermanas me quisieran frenar. Ya estaba decidido. Y así fue. Alejandro lo sabe, porque ya se lo dije varias veces, Pont Lezica me cambió la vida esa noche de viernes.

PLAYLIST

EN MI CASA EN LOS 70

(DISCOS DE MIS HERMANAS)

Alan Parsons - I Robot

America - Holiday

The Beatles - Let It Be

Billy Joel - The Stranger

Compilado de Alejandro Pont Lezica (Sello Interdisc)

Creedence Clearwater Revival - Willy & The Poor Boys

Crosby Stills Nash - CSN

Dire Straits - Six Blade Knife

Donna Summer - I Feel Love

Eagles - Hotel California

Elo - Out Of The Blue

Giorgio Moroder - From Here To Eternity

Jethro Tull - Bursting Out

Kraftwerk - Trans Europe Express

Led Zeppelin - II

Mike Oldfield - Tubular Bells

Pink Floyd - Dark Side Of The Moon

Queen - A Day At The Races

Saturday Night Fever - OST

Simon & Garfunkel - Greatest Hits

Styx - Pieces Of Eight

Supertramp - Breakfast In America

The Carpenters - Carpenters

Vox Dei - La Biblia

Yes - The Yes Album



PLAYLIST

DE LA CASA DE LOS MARCHETTI

All That Jazz - OST
Beatles - White Album
Billy Cobham - Spectrum
Carole King - Tapestry
Deep Purple - Made In Japan
Emerson, Lake & Palmer - Live
Frank Zappa - Sheik Yerbouti
Genesis - Selling England By The Pound
Gloria Gaynor - Never Can Say Goodbye
Herman Hermits - No Milk Today
Jimi Hendrix - The Essential Jimi Hendrix
Joan Manuel Serrat - Mediterráneo
Les Luthiers - Sonamos Pese a Todo
Melody -OST
Peter Frampton - Frampton Comes Alive!
Phantom On Paradise - OST
Pink Floyd - Wish You Were Here
Premiata Forneria Marconi- Live In Usa
Quincy Jones - I Heard That!
Roberto Carlos - En Mau Mau
Supermax - World Of Today
Vinicius, Toquinho & Maria Creuza - En La Fusa
Yes - Yessongs

